

Sobre decir, comunicar y hablar

Leopoldo Márquez

Universidad Central de Venezuela
leotagoras@hotmail.com

Resumen:

Nuestro campo es la interacción social; esto es, las relaciones de coordinación, control, coacción y comunicación entre organismos. Dicha interacción permite el aprovechamiento mutuo de información. La primera parte del trabajo consiste en un análisis de las formas elementales de comunicación. En la segunda parte presentaremos las formas más sofisticadas y complejas de las interacciones humanas. Nuestro objetivo general es hacer algo de trabajo sucio en este cajón de sastre que es la comunicación, buscando normar ciertos usos desorientadores de los términos “comunicar”, “decir” y “hablar”.

Palabras clave: Comunicación, habla, interacción social.

On Saying, Communicating and Talking

Abstract:

Our field is social interaction, i.e.; relations of coordination, control, coercion and communication among living organisms. Such interaction allows mutual exploitation of information. The first part of this essay consists of an analysis of the elementary forms of communication. The second part is about the most sophisticated and complex forms of human interactions. The general purpose of this analysis is to do some dirty work in this ragbag that is communication, seeking to regulate certain misleading uses of terms like “communicate”, “say”, and “talk”.

Key words: Communication, talk, social interaction.

I. Introducción

1. La planta de tabaco al sufrir un daño estructural libera una sustancia tóxica (la nicotina) que ahuyenta a los comensales. Cierta oruga es inmune a dicha toxina, una adicta al tabaco. La planta, entonces, emite un gas maloliente que *atrae* al chinche de ojos grandes, un depredador. Es más, la liberación del gas como mecanismo de defensa por parte de las plantas es contagiosa, si una advierte peligro y libera toxinas, entonces sus vecinas también comenzarán a hacerlo¹. Otro ejemplo de esta estrategia lo constituye la acacia, la cual, al verse en peligro, segrega un néctar que *atrae* a unas hormigas que vive en su interior y que la defenderán a toda costa².

Todo este asunto puede ser reconstruido de la siguiente forma:

2. La planta al verse amenazada reacciona emitiendo un gas que *comunica* a sus vecinas sobre el peligro. La *señal* que es *recibida* por las compañeras incita a que ellas reaccionen de la misma forma y una reacción en cadena hace que todo el cultivo emita el gas. En el caso de la

¹ Cfr. Ian Baldwin y Silke Allmann: "Insects Betray Themselves in Nature to Predators by Rapid Isomerization of Green Leaf Volatiles", pp. 1075-1078, *Science* 27, Vol. 329, no. 5995, 2010.

² Cfr. Martin Heil *et alia*: "Evolutionary change from induced to constitutive expression of an indirect plant resistance", p. 205-208, *Nature* 430, 2004. Allí comentan: "Here we report that extrafloral nectar, a usually inducible trait, is constitutively secreted by Central American Acacia species that are obligately inhabited by ants. *Extrafloral nectar is secreted as an indirect resistance, attracting ants that defend plants against herbivores.* Leaf damage induces extrafloral nectar secretion in several plant species; among these are various Acacia species and other Fabaceae investigated here. In contrast, Acacia species obligately inhabited by symbiotic ants nourish these ants by secreting extrafloral nectar constitutively at high rates that are not affected by leaf damage". (Las cursivas son nuestras.)

planta de tabaco, existe una *señal* que *comunica* tanto amenaza como alimento, según sea el *receptor* otra planta o un chinche.

La diferencia entre 1 y 2 es clara: 2 utiliza un lenguaje comunicacional que no está presente en 1. Parece distinto decir que ciertos organismos se comunican, en lugar de decir que un organismo hace algo que genera una conducta en otro. Parece distinto, pero muchas veces es eso lo que queremos decir con comunicar. El principal motivo de este escrito es tratar de mostrar los distintos modelos involucrados en la comunicación que, por no distinguirse, tienden a generar las más infructíferas discusiones, además de las más, permítaseme decirlo, grotescas afirmaciones. Un caso de este abuso semántico podría ser este:

3. Las plantas también *hablan* entre sí y con otros organismos como los insectos. La planta de tabaco le *dice* al chinche de ojos grandes que hay una oruga. Sus *diálogos* se llevan a cabo en un *lenguaje* propio que han desarrollado para el beneficio mutuo.

Incluso asumiendo —como de hecho haremos— que 2 puede ser una manera correcta de expresarse y, con ello, tomando como un hecho cierto tipo de proceso comunicativo entre las plantas, las afirmaciones de 3 están fuera de lugar. Lo mismo sucede con los animales: *los animales no hablan*. El paso de “hay comunicación entre A y B” a “A y B están hablando” es tan falaz como el de “A tiene miembros, por lo tanto, A camina”.

En el análisis filosófico hay dos movimientos conceptuales complementarios que realizar: separar y mezclar (análisis y síntesis). Argumentar a favor de la idea de que las plantas y los animales hablan puede ser un caso de mezclar y ello puede tener sentido, pero sólo si va acompañado de un trabajo de separar: mostrar en qué sentido tiene sentido decir que hablan. El asunto es que se puede decir, pero en un sentido tan laxo y metafórico que

resulta un abuso del término. Si se quiere decir que los animales hablan, argumentando que es tan incorrecto como decir que las abejas danzan (definitivamente un desplazamiento de sentido) o que las moléculas danzan (definitivamente una metáfora), es decir, no siendo del todo incorrecto, pues bien, en ese caso, las bacterias hablan. Ante dicha defensa sólo me remito a citar con Frege la frase de Horacio: *Est modus in rebus, sunt certi denique fine*". Todo este asunto es posible porque nadie tiene claro qué significa "comunicar" o "hablar". El esfuerzo que se hará a continuación pretende ofrecer recursos para reconocer las implicaciones de nuestras afirmaciones. Un estudio que decida la aplicación correcta o no de los términos no puede hacerse aquí, pues requeriría para muchos casos límite de información empírica. Se pretende pues sólo una buena dosis de análisis filosófico.

II. Comunicación

En el clásico modelo de comunicación tenemos, por lo menos: un emisor, un mensaje, un receptor, un código y un medio³. Todo esto se puede adaptar a la simbiosis planta de tabaco-chinche de ojos grandes. El emisor es la planta, el receptor es el chinche (así como las otras plantas- el código es químico y el medio es el aire, digamos. Hasta aquí todo bien, pero, ¿cuál es el mensaje? Y, ¿por qué es el mensaje un mensaje? El mensaje es mensaje porque funciona como un *signo* que es interpretado por el receptor. Ahora bien, la mera existencia de un signo no involucra comunicación. Ciertas condiciones atmosféricas para las ranas son un signo de que lloverá, etc. En este caso, hay una interpretación del entorno en términos signícos, pero, ¿hay comunicación? ¿Quién es el emisor? Hay que distinguir

³ Cfr. Ferdinand de Saussure: *Cours de linguistique générale*, Paris, ed. Payot, (1913) 1995, y Cfr. Warren Weaver y Claude Shannon: *The Mathematical Theory of Communication*, University of Illinois Press, 1963.

pues entre (i) información obtenida mediante la interpretación del entorno a través de un proceso semiótico y (ii) información compartida: hay que hacer justicia de lo “común” en el término “comunicar”. Resulta algo forzado decir que las nubes, las piedras, etc. nos comunican cosas. Esta distinción debe considerarse un axioma de la semiótica, o algo así: un signo es un signo *para alguien*, pero no necesariamente un signo emitido *por* alguien. Aun así, en el caso simbiótico en cuestión está, parece, bastante claro cuál es el emisor: la planta. Y hay entonces que hacer una segunda distinción. Una cosa es *portar* un signo, por decirlo de alguna manera, otra cosa es *producirlo*. Sin saberlo, uno puede tener un cierto tipo de furúnculo visible que, para cierto médico especializado, indica la presencia de una bacteria tal y cual. Cargar con tal estigma no lo hace a uno un productor del signo. Sin embargo, para el médico informado, es señal de algo contagioso, así que funciona como un signo que modifica su conducta. Todo sea dicho, el estigmatizado no modifica la conducta del atemorizado doctor, sino es más bien la presencia del furúnculo mismo. ¿Diremos entonces que no es el sujeto, sino más bien el grano lo que comunica algo al doctor? Nada parece impedirlo. Entonces, aparentemente, nada impida tampoco decir que lo que comunica la presencia de orugas en la planta de tabaco es cierto olor y no la planta. Aparentemente volvemos al caso rana-barómetro: no parece haber ninguna necesidad de apelar a una relación del chinche con un emisor: el chinche huele a “hay orugas”, no huele a “la planta está llamando”. Sin embargo, que no haya reconocimiento por parte del receptor no quiere decir que no haya comunión. Sea lo que sea el mensaje hay algo común a la conducta de la planta y a la interpretación del chinche: la oruga.

La oruga causa en la planta un daño estructural, a lo que ella responde, y es precisamente esta respuesta la que indica al chiche de ojos grandes que la comida está servida.

Lo que tenemos aquí es una *triangulación*⁴: el punto de encuentro común entre la respuesta de la planta y el objeto del deseo del chinche es lo que podemos llamar la *denotación*. Dicha denotación significa cosas diferentes para uno u otro: amenaza o alimento. Pero, es precisamente la oruga lo que amenaza o alimenta. Hasta aquí parece bien, pero, ¿por qué es el caso del furúnculo distinto al del olor desprendido por la planta? A todas estas, el furúnculo es una señal para el médico de la misma forma que el olor desprendido por la toxina de la planta es una señal para el chinche: ni la planta ni el estigmatizado están pensado en comunicar nada, el chinche llega como el doctor se va. Con respecto a esto hay que decir que el ejemplo del furúnculo se había presentado para cuestionar la idea de que el signo era producido por el organismo, simplemente era portado por él. Así las cosas, parece que la planta carga al ambiente con olor a tabaco, pero no con señales de auxilio, y es el olor a tabaco lo que atrae al chinche, no la planta. Es decir, la planta no emite un signo, emite un olor, que es un signo para otro, sin embargo, la planta emite el olor debido a la presencia de algo, es decir, motivada por algo. Con ello tenemos:

- Comunicación₀ = –Obtención de información mediante remisión signica (ejemplo del sapo).
- No hay organismo ni productor ni portador de ningún signo.
- Por lo tanto, no hay nada “común”, no hay triangulación.

⁴ El esquema de la triangulación está inspirado en Donald Davidson: “The Emergence of Thought” (1997), p. 123-134, en: Donald Davidson: *Subjective, Intersubjective, Objective*, Oxford, Clarendon Press, 2001.

Comunicación₁ = -Obtención de información mediante remisión signica.

-No hay organismo productor del signo, pero sí portador.

-La interpretación del receptor no se hace sobre la base de ninguna conducta dirigida o motivada por parte del emisor: no hay triangulación. (Ejemplo del furúnculo, o también de los colores de una serpiente de coral, etc.)

Comunicación₂ = -Obtención de información mediante remisión signica.

-No hay organismo productor del signo, pero sí portador (debido a cierta conducta, lo que podemos llamar *acarrear*).

-La interpretación del receptor está hecha sobre la base de una conducta del emisor motivada por algo que coincide con la motivación del receptor: hay triangulación y por ello denotación. (Ejemplo de la simbiosis planta-insecto.)

La comunicación₂ no es más que aprovechamiento de un organismo de las respuestas de los otros. Diremos que se trata de un proceso semiótico comunicativo porque hay triangulación, lo que permite introducir un concepto estrictamente semiótico como el de denotación.

Hay un punto aquí que abordar (aunque muy tentativamente). Se trata de la distinción entre generar una respuesta que pueda ser interpretada como un signo (el “acarrear”) y generar una señal. Lo propio de la *señal* debe

ser, espejito, que no esté conectada con ninguna conducta adaptativa que no sea la de ser un signo para otros. Aplicado a la planta de tabaco el asunto es el siguiente: si la respuesta de la planta es simplemente un mecanismo de defensa contra bichos (emisión de veneno), entonces no diremos que hay ninguna señal, pero si la respuesta no tiene ninguna utilidad práctica inmediata relevante en relación con la oruga, aunque sí es relevante para el chinche y las otras plantas (o las hormigas en el caso de la acacia), diremos que es una señal⁵. No hay una distinción muy clara entre ambos, pero puede resultar importante la disociación para procesos comunicativos más complejos. Aunque emitir cierto olor no parezca tener una relación directa con el chinche de ojos saltones (digamos, en el caso de una planta de tabaco aislada de su entorno natural) resulta que es una adaptación crucial en relación con la forma como la planta y los insectos han coevolucionado. Quizá lo que ahora es una señal que nosotros interpretamos como: “¡Auxilio! ¡Control de plagas! ¡Rápido!”, antes era una defensa importante contra las orugas, pero las orugas desarrollaron un antídoto contra esa estrategia. Aun así, la planta continúa respondiendo igual, pues no es inútil, colateralmente también logra atraer a los bichos depredadores, es decir, sigue funcionando. Así, en cierto sentido, la respuesta por sí misma ya no es una respuesta apropiada con respecto a la oruga, pero sí lo es con respecto al chinche. Aunque no parece ser una diferencia del todo clara, quizá en cierto nivel disponer de un repertorio de señales controlables puede ser una salida

⁵ Y este parece ser el caso en el tabaco: la señal es simplemente una señal, no parece tener ninguna utilidad. La planta libera la toxina para ahuyentar la plaga, si continúa la destrucción, libera el gas. Que continúa la destrucción quiere decir que la nicotina no hace efecto, así que la liberación del gas atrae al depredador de ojos saltones. Es claro por qué no sería una buena estrategia liberar el gas de buenas a primeras: es mejor ver si uno se puede defender sólo antes de llamar a la policía, de lo contrario la policía estaría siempre ocupada y cuando realmente se la necesita no acudiría.

evolutivamente más económica y provechosa en especies altamente sociales.

Volvamos a nuestro tema principal. Hemos avanzado en aclarar por qué hay comunicación²: hay una respuesta de un organismo con respecto a algo y ello sirve como signo para otro organismo de la presencia de ese algo: en ello consiste el mensaje. La denotación del mensaje la hemos reconstruido a partir del punto común en las respuestas de ambos individuos, pero definitivamente no hay tal cosa como un “mensaje” común por ambas partes: difícilmente la planta o el bicho “tienen en mente”⁶ a la oruga, lo que “tienen en mente” es peligro y alimento, cosas bien distintas. Para una planta de tabaco, el olor a nicotina es el aroma del terror, en efecto, las plantas reaccionan al olor a nicotina de las otras plantas generando ellas mismas más nicotina (el terror es contagioso); para un chinche ojos grandes el olor a nicotina es olor a cebolla frita. En este sentido, no parece haber nada en común en términos de respuesta e interpretación signica en ambos casos más allá de la oruga. La forma como se ha detonado en las vecinas no atacadas la respuesta es diferente a como se ha logrado en la primera planta (o, por lo menos, en la parte directamente atacada de la planta, suponiendo que el resto de la planta se aterrorice de la otra forma). La diferencia es que la primera planta reacciona ante un daño en su estructura, las otras simplemente se contagian de la respuesta de la otra. Lo que tenemos es la misma respuesta ante dos tipos de estímulos diferente. No podemos decir nada ni parecido en el caso del chinche; no se da la conversa, no hay tal cosa como distintas respuestas ante el mismo (tipo de) estímulo. Pero, precisamente, lo que

⁶ Estas grotescas afirmaciones son metáforas que pretenden tener un efecto pedagógico. Sin dichas metáforas no habría educación ni síntesis conceptual o formación de conceptos. Declaro pues mi punto al respecto: el problema no el uso de las metáforas, es el abuso desorientador en muchos casos.

muchas veces se quiere significar con “información” -en el sentido de lo contenido en el mensaje- es no sólo igualdad de denotación, sino también igualdad de modo de presentación de la denotación⁷. De lo contrario, no parece que tenga mucho sentido la idea de que la información se *transmite* o *traslada* de un lado a otro. En este caso ninguna información está yendo de un lado a otro, la denotación es un punto de encuentro externo entre dos respuestas con sentido. Por esta misma razón -y entre otras cosas- parece forzado hablar de “código” o proceso de (de)codificación. Lo *codificación* es precisamente la presentación de una denotación de una determinada manera. Dicha determinada manera, el código, debe ser algo compartido por las partes. Éste es otro sentido de común en la comunicación: comunidad de código además de comunidad de denotación. Así las cosas, parece tentador decir que las plantas, entre sí, sí se están comunicando. Pero, esto es algo injusto con el chinche, las plantas vecinas no se están aprovechando del sufrimiento ajeno menos que el chiche, y por lo menos éste le hace un favor. Cuando se habla estrictamente de código se piensa en un sistema de símbolos que se constituyen más o menos arbitrariamente, lo cual no entra en cuestión aquí, donde el código debe estar en lugar de algo más laxo, como “tipo de señal” o “naturaleza del signo”.

Lo que no sucede en las plantas, y es aquello en lo que debe consistir el siguiente nivel de comunicación, es que haya, en efecto, una intención de lograr algo en una audiencia. La planta no está *tratando* con el chiche, está tratando con la oruga, en todo caso. Vayamos a ese nivel pues en el que encontramos, además de portadores, productores.

⁷ Para la distinción entre sentido y referencia Cfr. Gottlob Frege: *Ensayos sobre semántica y filosofía de la lógica*, editado por M. Valdés Villanueva, Madrid, Tecnos, 1998.

III. El trato comunicativo

En *Espíritu, persona y sociedad*⁸, George Mead establece como situación comunicativa paradigmática la conversación de gestos, lo cual ejemplifica con el caso (original de Wundt) de dos perros que riñen y también de dos boxeadores. Lo propio de una situación como esa es que cada individuo responde adaptativamente a la conducta del otro. Podemos pensar, además de la lucha, en el baile -sin que alguien de antemano deba liderarlo- así como el sexo o cualquier otra actividad en la que dos individuos (o más) deban seguirse la pista mutuamente y conducirse en conformidad con el otro. Se puede tratar de una finalidad egoísta o cooperativa.

Así las cosas, parece como si toda conducta conjunta requiriera cierto grado de comunicación. Las respuestas conductuales de uno están determinadas (aunque no necesariamente completamente determinadas) por la conducta del otro. En estos casos podemos hablar claramente de *intercambio* e *interacción*. En los casos de mimesis (como el de los loros y las guacamayas) o el de actividad compleja conjunta (los cardúmenes o las bandadas) hay coordinación de acción sin que haya gestos intencionales. Esta capacidad para responder adecuadamente a la conducta de los otros *sin mediación intencional* es un punto importante a tener en cuenta. No es cierto que cada pez le comunique al otro, en este sentido de comunicación que estamos abordando ahora, que debe moverse a la derecha: simplemente el movimiento de uno *genera* el del otro. En estos casos hablamos de acción en conjunto sin intención.

La interpretación que uno hace de esta otra cosa (un competidor, una posible pareja, un semejante) la hace en

⁸ George Mead: *Espíritu, persona y sociedad*, Buenos Aires, Paidós, 1968.

base a cómo se desarrolla el intercambio, y el intercambio puede involucra que ambos individuos se dirijan gestos los unos a los otros. Estos gestos podemos considerarlos como *señales intencionadas*. Mostrar los dientes, gruñir y crispas la crin son señales intencionadas porque no tienen ninguna otra finalidad que la de ser un signo de amenaza para otro al indicar el estado anímico del productor del signo. La señal es intencionada porque el perro, digamos, intenta que su audiencia se vea amenazada, es decir, deje de hacer lo que está haciendo, se aparta, huya, etc. Es claro pues que en estos casos el emisor es ciertamente un productor del signo. El receptor, por su parte, puede simplemente ver en la conducta del otro un signo para esto o aquello. No es raro ver estos videos en los que se reúnen en ciertos espacios –debido sobre todo a la presencia de agua- una variedad de animales. En una situación así están, casi codo a codo, predadores y presas, así como otros animales que podrían entrar en conflicto⁹. En esta zona franca la mera presencia cercana de un predador no involucra amenaza, para que resulte en amenaza debe interpretarse su conducta como amenazante. Una vez que la posible presa divisa, digamos, una mirada lujuriosa o un andar sospechoso, entonces, se siente amenazado y echa a correr. Esto puede ser lo más cercano a una conversación entre presa y predador. El caso es que muy difícilmente se *detienen* a interpretarse mutuamente: la gracia del sigilo es no dar señales al otro. Muy diferente es el caso de dos animales que pueden darse pelea (o placer). Digamos que un predador y una presa potencial aunque peligrosa pueden entrar en una conversación de gestos una vez que el amenazado avisa dando pesuñazos a tierra. El predador entiende la señal y puede continuar el juego o desistir. La diferencia entre aquello que comunica el predador a la

⁹ En efecto, los indígenas americanos se disfrazaban de lobos para cazar bisontes. Los lobos son depredadores de los bisontes, pero eran males conocidos, mientras que los humanos eran más temibles.

presa cuando se pone sospechoso y la verdadera conversación es que no parece haber ninguna intención por parte del cazador de dar señal de que está asechando, mientras que el amenazado que devuelve con una amenaza sí *parece* estar dando una señal de “ya te vi” con toda la intención de disuadir al otro de su conducta. Sólo en este último caso cabe hablar de comunicación intencional. En fin, la conducta comunicativa intencional es aquella en la que se produce una señal que busca generar una respuesta en otro individuo.

Cabe preguntarse aquí, de nuevo, por cómo reconstruir el circuito comunicacional. Tenemos ahora no sólo un claro emisor sino una clara audiencia además de un simple receptor. La cuestión es entonces el mensaje. Como vimos en los casos de comunicación anterior, el proceso de triangulación puede generar distintos signos para emisor y receptor, y consideramos el punto de encuentro entre ambos como la denotación. Pero, ¿cuál es el mensaje en el caso del perro que ladra o mueve la cola? Estamos tentados a decir que lo que se comunica es una intención y que en ello consiste el mensaje. El perro cuando ladra comunica la intención de atacar, la hembra cuando hace despliegue de sus encantos comunica su intención de copular, etc. Creo que, como en el caso de la oruga, podemos decir que la denotación es la intención, un punto de encuentro externo que explica la comunión pero no es lo presentado en el mensaje. El mensaje es la apertura o clausura de una acción posible deseada, esto es: un *imperativo*. Para el perro que ladra, ladrar no es una expresión de su intención: ladrar es la forma como él desea lograr su intención (ahuyentar). Para el amenazado el ladrido no es señal de una intención tanto como un signo de amenaza que coacciona y obliga a tomar un curso de acción: lo pone, como decimos en criollo, en tres y dos. Puede no haber ninguna diferencia entre saltar a un lado porque sientes el piso hundiéndose o saltar a un lado porque sientes una conducta amenazante; la diferencia puede existir, para comenzar, si es posible apreciar que la conducta amenazante no es fatal, sino que es controlable mediante

una respuesta disuasiva o coaccionante. Ante la amenaza de un mosquito puedo comenzar a batir mis manos, dicha conducta disuade al mosquito de atacarme, pero difícilmente hay aquí comunicación intencional. Muchos de los procesos aparentemente comunicativos en el sentido intencional resultan en ello. Por ejemplo, el dar pesuñazos a la tierra puede que disuada al predador no porque se sienta amenazado por la presa, sino porque, digamos, ello causa cierto sonido particularmente perturbador que desconcentra e irrita al predador. En este caso, la presa amenazada que responde de esta forma no tiene la intención de comunicar una intención, simplemente está haciendo algo para que la amenaza desista. Puedo ahuyentar a una visita comportándome de forma grosera, aunque sin *decirle* que se vaya (lo que sería el equivalente a ladrar o gruñir), pero también puedo hacerlo poniendo a todo volumen un disco de la banda Slayer. Digamos que en otras ocasiones dio resultado y luego lo adopté como una estrategia disuasiva. De esta forma, lo que tenemos es que, en muchos casos en los que parece haber comunicación intencional, es decir, reconocimiento de la intención del otro de dar inicio a una determinada conducta -que me involucra, en el sentido de que me afectará y, por ello, genera en mí cierta respuesta- lo que tenemos es un procedimiento de acción que logra una reacción en otro. Resulta forzado hablar de comunicación en estos casos. Hay una adaptación conductual para general cambios conductuales en otros, pero no parece haber nada como un mensaje. Diremos que hay mensaje sólo en los casos en los que, en efecto, se comunique una intención. En el caso de las plantas y los chinches, ciertamente, no había intención, pero sí comunicación, y ello se debía a que había denotación. Sin embargo, en estos últimos casos considerados no hay nada como denotación ni intención, así que no hay mensaje y no hay comunicación.

Con respecto al código, parece bastante claro que en muchos casos las conversaciones de gestos muestran el inicio de una conducta posible. Mostrar los dientes es el inicio de la conducta morder, etc. En otros casos no es

clara la relación, pero sí es interpretado claramente por el receptor que dicha señal constituye el inicio posible de un curso de acción. En efecto, esto es lo que propiamente llamamos una *amenaza*. En ello consiste el meollo del asunto intencional. Levantar la mano es signo de una amenaza de golpe porque así es como comienza uno a dar un golpe. Todo el asunto no se agota aquí, pero gira en torno a ello.

Comunicación I_0 = -Lograr una cierta conducta en otro organismo mediante una determinada conducta propia. (Ahuyentar a un mosquito moviendo las manos)

-No parece haber mensaje, por lo tanto, ni producto ni portador ni interprete, simplemente el éxito o no de la coacción.

Comunicación I_1 = -*Generar* una cierta conducta en un receptor *debido* al reconocimiento de la intención de llevar a cabo otra conducta (inicio de una conducta): Coaccionar (ejemplo de los cardúmenes)

-En este caso puede no haber producción, se trata, de nuevo, del aprovechamiento de una información (protocolos comunes) debido a la conducta de otro. Coordinación.

-La denotación es quizá la acción futura.

Comunicación I_2 = -*Lograr* una cierta conducta en un receptor *mediante* el despliegue público de una intención de iniciar otra conducta que lo involucra. (Imperativo)

Sobre decir, comunicar y hablar

-En este caso hay producción y recepción, se trata de un aprovechamiento de un conocimiento compartido.

-La denotación es la intención.

La comunicación I_2 es, hasta ahora, lo más cercano a rellenar el circuito comunicativo clásico aplicado a la interacción social. Sin embargo, en estos intercambios comunicativos en los que aparecen intenciones no es necesario que exista intercambio de información allende las intenciones. Este es un punto clave. Parece que hemos avanzado mucho desde el caso plata-chinche hasta la conversación de gestos, pero la verdad es que es más robusta la información que recibe el chinche que el que recibe un perro en una riña. El chinche recibe la información de la presencia de alimento, algo objetivo e independiente de la intención de nadie. En el caso de la comunicación intencional imperativa o coaccionante, el individuo no pasa de relacionarse con los otros (de una manera bastante sofisticada, claro está) pero no hay verdadera triangulación. En otros términos: la comunicación intencional imperativa no es representacional, no imparte información sobre cómo es el mundo, sólo imparte información sobre las intenciones de los otros, es decir, sobre las probables acciones futuras. Esto es, claro está, información sobre el mundo, pero permite al individuo hacerse sólo una imagen o una representación del estado anímico de quienes lo rodean. La comunicación intencional imperativa es estrictamente social, podemos decir, estrictamente horizontal, de tú a tú, pero no se señala algo sobre el entorno no social.

Recordemos que los casos de triangulación no involucran esencialmente intención. Pensemos en una comunidad de aves. Cuando alguna percibe una amenaza (presencia de un depredador), emite un cierto canto a la vez que responde apropiadamente, digamos, volando lejos.

El resto de las compañeras, al escucharlo, replican el canto y también sales despavoridas. De nuevo, como en el caso de las plantas, tenemos lo que parece un claro ejemplo de comunicación. De nuevo, hay quienes sacan provecho, digamos, ciertos mamíferos que también se ponen en alerta (o aprovechan para curiosear, quizá sea una posible presa). Se puede pensar que dicha conducta, sin embargo, carece de intención comunicativa. El canto del ave *delata* la presencia de un predador, pero puede no ser generada con intención comunicativa, sino más bien como una respuesta asociada a la amenaza. Si evolutivamente dicha respuesta tiene una utilidad, digamos, atemorizar a la presa o ponerla nerviosa, desconcentrarla, etc., entonces, que los demás se sirvan de dicho canto para huir es simplemente un aprovechamiento de una conducta ajena que indica una amenaza (o también, en caso más simples, simplemente contagia el terror, o la algarabía, o la alegría, etc.). Por otra parte, como ya hemos propuesto, si dicho canto no parece tener ninguna utilidad práctica en relación con la amenaza, sino que es una respuesta concomitante con la huida, digamos, entonces se trata de una señal (que contagia una respuesta). En este caso, propongo hablar de *conducta expresiva*. La conducta expresiva es aprovechada por los demás (incluso por aquellos que no son congéneres) como un signo de la presencia de algo, o simplemente puede contagiar a los demás a reaccionar de determinada forma. En ambos casos puede carecer de intención, pues no es controlada, ni tiene el propósito de dirigirse a una audiencia. El término “conducta expresiva” se justifica porque la conducta expresa un estado de ánimo y con ello transmite cierta información, pero no es intencional. Un bebe que llora logra la atención de la madre, la cual reconoce en la conducta expresiva de la criatura cierto estado de incomodidad suyo. Aquí no hay triangulación en el sentido fuerte intencional. Podemos decir que la conducta expresiva denota el hambre, la sed, el calor, etc., porque es esto lo que atiende la madre. Hasta allí muy bien, pero no hay la intención del bebe de pedir ayuda, simplemente hay algo que presiona desde adentro y sale en forma de llanto (de allí lo de “expresión”).

Ahora, cuando mezclamos la intención con la triangulación tenemos algo más interesante. Tomemos como ejemplo la intención de pedir asistencia para una actividad que involucra un cierto estado de cosas. En estos casos cooperativos en los que, digamos, un individuo emite una señal ante la presencia de una presa o un predador, con la intención de que sus compañeros vengan a asistirlo, tenemos que los otros reciben la información de que hay algo para cazar o para ahuyentar vía la emisión de uno de sus compañeros. El emisor puede tener la intención de llamar a los otros, no de comunicarles la presencia de nada, pero los otros saben que ese llamado se debe a la presencia de algo. Este parece ser un nivel robusto de comunicación, el problema es que suele confundirse con la conducta expresiva. La diferencia es clara: en el caso de la comunicación intencional el emisor emite una señal (o comienza una conducta) con la intención de generar una respuesta en los otros, pero dicha señal es interpretada por los otros no (sólo) como señalando una intención sino más bien como señalando un estado de cosas. Así, si, digamos, un predador reconoce una oportunidad de cazar pero necesita ayuda, puede pedirla, pero los otros animales podría no ir precisamente a ayudarlo a él, no irán porque reconocen la intención suya de pedir ayuda, irán porque interpretan la llamada como una presencia succulenta.

Comunicación R_0 = -Lograr una cierta conducta en un receptor mediante el despliegue público de una intención de iniciar otra conducta que lo involucra.

-En este caso hay producción y recepción, se trata de un aprovechamiento de un conocimiento compartido.

-La denotación no es la intención, sino algo externo. (Diremos que se *expresa*

una intención pero se *denota* una denotación)

La triangulación depende pues mucho de la forma como es interpretada la emisión, no tanto de la intención de la emisión misma, y esto es importante, pues no se requiere que haya intención de reconocer la intención de denotar. De hecho esa es una intención muy compleja y bien rara en el ámbito comunicativo. La denotación es producto de una triangulación, no de una intención comunicativa. Para ponerlo algo más claro: nuestro perro ha desarrollado cierta conducta cuando quiere que lo dejemos salir. Cuando genera dicha conducta el perro quiere lograr que uno lo deje salir. Uno, humano como es, interpreta la conducta del perro no como un imperativo o una coacción de la forma: “¡Abre! ¡Abre la puerta!”, sino más bien como “Quiero salir”. La verdad es que uno interpreta la conducta comunicativa del perro como indicando que quiere salir, lo cual es cierto, pero su intención no es comunicar que quiere salir, es lograr que uno le abra la puerta. Igualmente, un perro ladra cuando no le gusta la visita, y nosotros nos podemos aprovechar de dicho conocimiento para atribuirle el deseo de que uno se vaya quizá en base a la creencia de que advierte (falsamente) una amenaza; pero el perro cuando ladra no comunica la proposición “quiero que te vayas, pienso que eres una amenaza”, simplemente genera un protocolo de acción que busca generar en el otro cierta respuesta. Aquí tenemos pues otra dimensión de la interpretación: la atribución de creencias. Como hemos visto, casi todo proceso comunicativo puede llevarse a cabo sin dicho ingrediente. En efecto, podemos atribuir una intención sin necesidad de atribuir una creencia. Podemos pensar que x está aterrizado sin atribuirle la creencia a x de que él está aterrizado. Cuando uno se aterriza reacciona de cierta forma y dicha reacción puede comunicar a los demás que uno está aterrizado, pero eso no quiere decir ni que uno tenga la intención de comunicar terror, ni que tenga la creencia de que está aterrizado. Así, volviendo al caso del pedido de asistencia en una cacería, tenemos que un animal A puede tener la creencia

de que hay una presa, digamos, que p , y reconoce que necesita ayuda —o no reconoce nada, simplemente está acostumbrado a cazar con los demás o a avisar a los demás— así que genera la orden q , una petición de asistencia que se genera en esta circunstancias. El error es pensar que A tiene la intención de comunicar p a los demás mediante la emisión de q . Pero esa es una intención muy compleja e innecesaria de atribuir. En efecto, los compañeros de A reconocen en la emisión q que p , es decir, la petición de asistencia se reconoce como una cacería posible, pero ello no involucra reconocer que A tiene la intención de comunicar p mediante q , o de atribuir la creencia p a A. La triangulación no consiste en eso, consiste en que la orden q está conectada con el estado de cosas que genera en A la creencia de que p y dicha orden genera en los compañeros una creencia con el mismo contenido. Puede que para A el contenido de p sea: “tengo a la presa aquí enfrente, que bueno”, mientras que para los receptores sea algo como “¡Hay comida!”; la denotación es la presencia de la presa. Pero lo importante es que se dan las dos cosas, la intención de comunicarse —aunque imperativamente— con los otros y la triangulación, la obtención de una información útil sobre un estado de cosas vía la emisión de alguien.

Con ello estamos listos para ver el último nivel de comunicación, aquel que involucra la intención comunicativa informacional, es decir, precisamente aquella que supone que el otro reconoce en mí la intención de comunicar la información mediante la emisión¹⁰. Se trata *sensu stricto* de transmitir una creencia. Para ello es necesario tener la capacidad de atribuir a los demás creencias y, en un proceso comunicativo, atribuir la intención de comunicar dichas creencias. Para que haya

¹⁰ Aquí nos referimos a algo así como las condiciones estudiadas por Grice con respecto al “speaker meaning”. Cfr. P. Grice: “Meaning”, en: *The Philosophical Review*, N° 66, 1957, pp. 377-88.

comunicación intencional informacional debe haber atribución recíproca de creencias. Así pues, una emisión puede expresar algo distinto de lo que comunica, puede expresar una intención y comunicar una denotación, pero también puede que la intención que exprese sea la de comunicar la denotación.

Comunicación R_1 = -Lograr generar en el receptor una creencia mediante el despliegue público de una intención de transmitir esta creencia.

-En este caso hay producción y recepción, se trata de un aprovechamiento de un conocimiento compartido de intenciones que sirve como base para la transferencia de una información sobre un estado de cosas.

-La denotación no es la intención, sino algo externo.

-Se transmite tanto la información como la intención de transmitir la información. Aunque no estén al mismo nivel.

-Se atribuyen mutuamente creencias.

Hasta aquí se espera haber llamado la atención sobre los distintos procesos que llamamos comunicar. Las capacidades cognitivas involucradas en cada uno de los distintos niveles comunicativos es objeto de otro estudio, aún así, es claro que hay requerimientos muy distintos en cada caso.

IV. Sobre decir y hablar

Sobre decir, comunicar y hablar

Esta última parte del escrito busca, sirviéndonos de las distinciones hechas en la primera parte y de otras nuevas, aclarar qué significa hablar y decir. No parece haber nada que decida de antemano qué significa una cosa u otra y cómo se aplica a lo que hemos dicho anteriormente. Hay pues que negociar un poco. Son varios los términos que se vienen a la mente, pero todos tienen una relación común con uno muy especial: el lenguaje. En este escrito sólo tiene importancia el lenguaje en el contexto comunicativo, es decir, en el contexto de una emisión por parte de un emisor que acarrea la obtención por parte de un receptor de cierta información. Es por ello que tocaremos solamente lo involucrado en los siguientes términos:

decir,
hablar,
conversar,
dialogar,
discutir o argumentar,
narrar, contar o relatar.

Si pensamos en el significado intuitivo de los distintos términos nos damos cuenta de que hay por lo menos tres aspectos distintos en cuenta:

- 1- La emisión de una información, el ofrecimiento, el mero dar o hacer pública una creencia o referir a un estado de cosas.
- 2- La articulación pública de una información compleja estructurada de acuerdo a una interpretación secuencial concatenante de los hechos.
- 3- El intercambio activo entre un grupo de individuos en el que se constituye la plausibilidad o no de un asunto.

A menudo, cuando pensamos en la comunicación, implicamos sin querer o queriendo los aspectos 2 y 3, cuando, por lo que hemos visto, acaso en los niveles más complicados de comunicación considerados sólo estemos

autorizados a incorporar 1. Podemos dividir la comunicación en tres bloques:

Comunicación Tipo 1 = –toda la comunicación que no incluye intenciones comunicativas informativas, es decir, donde no hay atribución recíproca de creencias.

Comunicación Tipo 2 = Aspecto 1 - Comunicación R_1 .

Comunicación Tipo 3 = Aspectos 2 y 3.

Hay una primera oposición entre el conversar y el decir: **Conversar** viene del latín *vertare*, i. e. dar vueltas y el prefijo *con*, que significa unión o colaboración, y su significado es vivir en compañía, tratar con los demás. Así, el conversar requiere seguir la pista e ir adaptándose a las respuestas del otro. Para ello no es necesaria la comunicación explícita de la atribución de creencias, es decir, puede haber conversaciones en los tipos 1, 2 y 3. **Decir**, por su parte, viene del latín *dicere*, que vendría del indoeuropeo “indicar”, “apuntar”, de donde vendría la palabra “dedo”. No parece involucra una actitud activa, sino simplemente la emisión de una información puntual, parece un tipo 2. Cabe separar “indicar” de “decir”, el primero siendo un concepto estrictamente informacional, el segundo involucrando un productor. Así, tenemos conversaciones en las que no se dice nada —Tipo 1— y tenemos dichos fuera del contexto de una conversación (Tipo 2). Puede haber comunicación sin conversación (casos de los tipos 1 y 2) y sin que nadie diga nada (Tipo 1), se trata de los casos en los que se aprovechan o interpretan ciertas señales. Recordemos que **comunicar** significa hacer común.

Los casos sofisticados de comunicación son las conversaciones en las que se dicen cosas (Tipo 3). Entre ellas cabe distinguir los aspectos 2 y 3. En el primer caso, el productor cumple un papel activo al estructurar de

forma pública secuencialmente una información. Aquí entra en juego los conceptos de *narrar*, *contar* y *relatar*. Por ejemplo, describir una fotografía. En este caso debemos transformar una información de un medio (el visual) a otro (las palabras). Cuando sucede un evento complejo, *contarlo* —incluso a uno mismo— tiene la finalidad de poner orden, dar sentido, establecer relaciones semánticas en términos de episodios conectados por una sucesión natural y explicable en base a unas ciertas estructuras *narrativas* previamente obtenidas. **Hablar** viene de “fabular”, contar historias (ficticias o no). El proceso informativo involucrado en el habla es muy diferente a un mero reporte que tiene una finalidad práctica bien específica. El hablar es una reconstrucción de una serie de eventos más o menos relacionados en la experiencia. De la misma forma en la que la descripción de una fotografía puede seguir causas muy distintas dependiendo de los que se busca y de las herramientas descriptivas de las que dispone el hablante, de la misma forma, hablar supone un repertorio de formas posibles de articulación. En estos casos parece mejor el término **contar**, en el sentido de rendir cuenta; pero muchas veces cuando hablamos lo que hacemos no es precisamente llevar la contabilidad —es decir, hacer un reporte detallado— sino más bien “fabular”, es decir, cuando se le pide a uno que cuente qué pasó uno debe poder generar una estructura informacional que se expresa en la forma de un relato. Todo ello constituye el habla.

Pero hay más. Cierta tipo de conversación hablada en la que se articula un asunto en conjunto. Afortunadamente no le toca a uno estructurar la realidad en soledad, en efecto, ello es producto de un proceso formativo cultural bien complejo. Así, frente a una situación compleja —un comportamiento sorprendente de un compañero de trabajo, por ejemplo— muchas veces no tenemos las herramientas o no nos satisface la reconstrucción que podemos hacer, así que nos reunimos con otros y compartimos y contrastamos apreciaciones. Este contrastar o compara es lo propio de la **palabra**, es decir, establecer un paralelo, de allí “parábola” y de ésta **parlar**. Este proceso se conoce típicamente como

“diálogo”, aunque cabe también los términos argüir y discutir. **Discutir** es “sacudir algo para separarlo”, así que quizá sea mejor reservarlo para situaciones en las que hay contradicción. “Argumentar”, por su parte, proviene de argüir, cuya raíz indoeuropea significa iluminar, es decir, la posibilidad mediante la palabra —es decir, en **diálogo**— de iluminar, de dar una nueva forma al pensamiento, de dar a conocer.

Es cierto que la conversación hablada carece la mayor parte del tiempo de una finalidad epistemológica. En este sentido, no toda conversación hablada es una discusión, pues no hay argumentación. Hay que distinguir entre conversación hablada *pura* y *aplicada*. La última es una actividad colectiva con elementos del habla, como, por ejemplo, dos personas cocinando. El centro de atención no es el habla, son las ollas, el cuchillo, etc. El intercambio puede consistir en reportes del tipo, “¿Dónde está la sal? —Aquí... —No está fresco este pescado... —Los camarones están buenos...”, etc. Este intercambio tiene más de indicativo que de parloteo. No hay, claro está, una línea clara que divida a una cosa de otra. Lo propio de la conversación hablada pura es que no hay ninguna actividad de por medio. En estos casos, la conversación es una necesidad de compartir, es una de las formas como los seres humanos nos acicalamos. A veces nos interesa informar a los otros sobre nuestra vida, así como somos informados de la vida de los otros. Debe ser claro que estos son casos de higiene mental. Relatar reorganiza los contenidos de conciencia. Y las experiencias de los demás sirven como contraste o herramientas narrativas para uno mismo. Es común, sin embargo, hablar con alguien sin contarse mutuamente nada de sus vidas, en efecto, sin informar seriamente sobre absolutamente nada. En estos casos es el mero placer de entonar y chasquear mientras se intercambian miradas. Así, quizá la más pura de las conversaciones habladas sea aquella en la que no se diga nada. Pero ella rivaliza —y tiende a solaparse— con las otras formas principales: dar cuenta (pues ello reestructura

y da sentido a nuestro día a día) y argumentar (pues es sólo así que nos iluminamos).

V. Conclusión

- Todo lo anterior debe darnos una idea de lo complejo de los procesos involucrados en el habla. Incluso si consideramos habla a los intercambios comunicativos en forma de reportes, preguntas y órdenes que acompañan a las actividades complejas que hemos llamado el decir (ejemplo de la cocina), o restringimos más el uso para que involucre sólo la idea de estructurar un relato y también de argumentar, hablar es un proceso cultural humano muy complejo emparentado lejanamente con la comunicación no humana.
- Creo que se ha hecho un lío con este asunto de la comunicación cuando lo importante no es la transmisión u obtención de información, lo importante es la formación, no el dar contenidos, sino ofrecer formas novedosas de ver las cosas. No se trata de ver más cosas en el mundo, de sumar, se trata de ver las cosas diferentes, de transformar.